

Día 1

La Guerra por Tu Alma

“Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1 Pedro 2:11).

Si estás leyendo este libro, probablemente estés en medio de una guerra. Es la guerra *del diablo*, y sus armas son el enojo, el odio, las mentiras, el egoísmo, el engaño, la confusión, la duda y la idolatría. Y en tu caso, la pornografía. Con el tiempo, miras lo prohibido... clic, clic, clic. Y te sientes atraído de nuevo, como si algo magnético te arrastrara hacia allí. Lo detestas, pero quieres más. Te sientes avergonzado y te cuesta encontrar el perdón de Dios. Tus deseos hacen estragos. Te sientes cada vez más esclavizado. Se transforma en *la batalla* prevalente para ti.

El campo de batalla de una guerra cristiana es tu corazón. No hay ningún terrorista que corte cabezas ni que reclame el territorio soberano de otro país. No hay ningún doble agente que socave tu patria. *Esta es una guerra por tu alma*. Y como en la mayoría de las guerras, la pelea se gana o se pierde. No hay ningún tratado de paz. Dios es celoso de tu corazón, y no le concederá este territorio al diablo (Jeremías 31:33).

Pedro les pidió a los cristianos de su época que se abstuvieran de las pasiones egoístas de su naturaleza pecaminosa. Rodeados de las prácticas y costumbres *impías* de los incrédulos, los cristianos debían vivir como peregrinos o exiliados. No pertenecían allí, así que su estilo de vida debía ser diferente. Lo mismo sucede en tu caso: el mundo no es tu hogar, y las prácticas de este mundo, como los hábitos destructivos de la pornografía y la masturbación, deberían ser extraños para ti por ser cristiano. Pero tristemente, *no es así*.

¿Cuál es el propósito de una guerra? Destruir al enemigo. Las pasiones egoístas de tu carne están llevando a cabo la guerra; literalmente, *para destruir* tu alma. Es aterrador, ¿no? La guerra que se libra en el interior es entre

el Espíritu Santo y tu carne pecaminosa. Te quedas mirando una pantalla con una imagen tentadora que te devuelve la mirada, y tu carne se agita: “Quiero más”. “Sí, qué bien se siente esto”. “Solo un poquito más”. “Olvida la verdad un momento y disfruta de esto”. “Dios me perdonará”. Clic, clic, clic... y vas absorbiendo más. Pero con cada clic, con cada mirada y con cada deseo egoísta que se alimenta, la carne batalla contra tu alma y el pecado va cauterizando tu conciencia.

Es deprimente, ¿verdad? Sin embargo, hay esperanza. Que hayas tomado este libro muestra que la batalla no está perdida. Todavía estás luchando, y Dios está contigo y declara que es el conquistador de tu alma. Recuerda lo que dice la Escritura: “El Espíritu que [Dios] ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente” (Santiago 4:5). Dios es celoso contigo. Coloca su Espíritu en ti y anhela ver que tu espíritu lo adore por toda la eternidad.

Bienvenido a la guerra por tu alma. Este es tu llamado a las armas, y un recordatorio de que Dios permanece a tu lado en la pelea (2 Timoteo 4:16-18). Haz sonar la trompeta y empecemos.

Reflexión: ¿Te has dado por vencido? Si así es, ¿te da esperanza saber que Dios te “anhela celosamente”? Recuerda que no estás solo. Dios no se ha dado por vencido contigo.

Reflexión: Como Cristo murió por ti, no tienes que darte por vencido.

Acción: Escribe algunas oraciones sobre lo que significaría para ti ser un exiliado o un peregrino en este mundo.